EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CURARSE DE MAL DE SUEGRA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL

de

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

MADRID
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES,
POZAS, 2, 2.º

1880.

CURARSE

DE

MAL DE SUEGRA,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

de

JOSÉ MARIANO VALLEJO,

estrenada con gran éxito en el TEATRO DE ESLAVA.

MADRID

IMPRENTA DE LOS SRES. PACHECO Y PINTO,
calle de las Dos Hermanas, 1
1880

PERSONAJES	ACTORES
LAURA	D.ª MERCEDES GARCÍA.
DOÑA EFIGENIA	D.ª MANUELA LOPEZ
ISABEL	SRTA. PARDO.
EDUARDO	SR. MARISCAL.
DON COSME	SR. MIGUEL.
FEDERICO	SR. ARANA.
DON CANDIDO	SR. CHACEL.
JOSÉ	SR. NAVARRO.

Madrid.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Sala con puertas laterales y en el foro.—Un velador en medio, sobre el cual hay un álbum, una cartera, un canastillo de costura, un libro y una campanilla.

ESCENA PRIMERA

LAURA y DOÑA EFIGENIA

Las dos sentadas. Doña Efigenia á la derecha del velador, bordando. Laura dibuja.

D.ª EFI. (Viendo á Laura levantarse á escuchar.) Pero, hija, ¿tienes hormiguillo?

LAURA. Creí que llamaban.

D.ª EFI. Ya, como esperas....

LAURA. (Sentándose.) Espero á Eduardo. Desde hace algunos dias no sé lo que tiene, que está tan preocupado.... Apenas amanece sale de casa, y cuando le pregunto á dónde vá, ó no responde, ó me dice que á tomar el aire. ¿No te parece extraño que Eduardo salga tan de madrugada?

D.ª EFI. Y mucho. Pero no hay que hacerse ilusiones, los maridos no son los que nos figuramos cuando solteras; y eso que el tuyo es de los mejores. En el año que llevas de casada, Eduardo te ha tratado bien, y hasta ahora no hay motivo para reñirle. No es como tu padre, que el mismo dia en que nos casamos, se olvidó por la noche de que

habia recibido la bendicion nupcial, y cogiendo el sombrero se hubiera ido al Casino, como de costumbre.... si yo no le hubiera detenido.

LAURA. ¿Pero á dónde irá Eduardo tan temprano?

D.ª EFI. Tranquilízate, hija mia; tu marido sabe que estamos aquí para cuidarte, y puede ser muy bien que el médico le haya recetado paseos matinales.

LAURA. (Se oye campanillazo.) Lo que es ahora han llamado.

D.ª EFI. Sí por cierto, y con ganas.

LAURA. Es él, mamá; voy á reñirle.

D.ª EFI. No hagas tal, hija mia; tu marido no es hasta ahora culpable.

ESCENA II

DICHAS y EDUARDO.

ED. (Que entra tarareando, y se dirige á su esposa.) Buenos dias, hijita, ¿cómo has pasado la noche?

LAURA. ¿A usted qué le importa, caballero? ¿De dónde viene usted?

ED. ¿De dónde? de la Direccion de la Deuda. He ido al señalamiento de los cupones, y habia tanta gente, que he tenido que esperar. Ya se vé, la Hacienda es tan poco hacendada!.... y gracias á que despues de esperar dos horas, me han señalado para dentro de dos meses.—Buenos dias, mamá: á juzgar por esa cara, no está usted de muy buen humor.

D.ª EFI. No me falta motivo; he recibido carta de Alcalá.

ED. ¿Ha escrito Federico? Tambien á mí.

D.ª EFI. Sí, ha escrito, pidiéndome dinero, pero que no lo sepa su padre. Y á su padre le ha escrito tambien pidiéndole dinero, pero sin que yo lo sepa.

ED. (Enseñando la carta.) Hé aquí el tercer ejemplar.

D.ª EFI. (Leyendo.) «Envíame dinero, pero que no lo sepan ni papá ni mamá.»

ED. El alférez de coraceros promete.

D.ª EFI. Y para qué necesitará tanto dinero?

ED. La paga de los subtenientes es tan mezquina, que....

D.ª EFI. Me dá un miedo su conducta.... Federico tiene una cabeza destornillada, y como se vé solo es capaz....

ED. Pues; de lo que es capaz un coracero que está de guarnicion. (De buena gana enviaria á mi suegra de guarnicion á Melilla.) Por otra parte, Federico es muy débil de carácter, y los amigos.... Usted no sabe lo que son los amigos: ¡quién sabe lo que á estas horas le habrá sucedido al pobre muchacho!

D.ª EFI. ¡Vírgen Santa!... Segun eso ¿sospechas que puede correr algun peligro?

ED. Psch! Acaso....

D.ª EFI. Yo debia aconsejarle, ¿no es cierto? El consejo de una madre siempre es provechoso.

ED. Ya se vé que sí. Hasta deberia usted ir á Alcalá. (Y quedarse allí.)

D.ª EFI. Si no fuera por la distancia....

ED. ¿Qué distancia? En el ferro-carril se vá en una hora; y áun cuando así no fuera, ¿qué obstáculos no vence el corazon de una madre? Si yo estuviera en el caso de usted, partiria inmediatamente. Es cierto que sin usted nos quedaríamos muy tristes, sobre todo, yo; pero cuando se trata de salvar á un hijo....

D.ª EFI. Sí; pero ¿y Laura?

ED. Su hija de usted está casada, y no corre peligro.

D.ª EFI. Mi hija necesita aún más cuidado de mí que su hermano.

ED. Poco á poco, señora; yo estoy aquí, y creo que basto.

D.ª EFI. No es la misma cosa un marido que una madre.

ED. Naturalmente.

D.ª EFI. Me quedo, me quedo. (Tiende la mano á su hija y esta la estrecha.) Escribiré á Federico cuatro carillas de consejos, y con esto bastará.

ED. (Aparte.) Pues señor, es una lapa, no quiere soltarnos ni á tres tirones.

D.ª Efi. ¡Ah! Por qué las madres tendrán hijos? No disfrutan nada absolutamente de ellos. La Universidad, el colegio militar, el regimiento, nos los roba para siempre, mientras que las hijas.... (*Se levanta, se acerca á Laura y la abraza.*) Tú no me abandonarás nunca, ¿no es verdad?

Laura. No, mamá, nunca.

Ed. (¡Nunca!) Querida esposa, hace un tiempo magnífico. ¿Quieres que demos un paseo?

Laura. No me es posible. He ofrecido á mamá salir con ella á hacer visitas.... así es que te dejo en libertad.

Ed. (*Aparte.*) (¡Triste libertad: cómo ha de ser!) Gracias.

Laura. Tu sombrero y tu abrigo están en mi cuarto. Ven, mamá.

D.ª Efi. Espera. (*Tira de la campanilla.*) Tengo que dar una órden á José.

Ed. (*Aparte.*) Aquí tienen ustedes á un hombre casado que no sabe que hacer. ¿Habrá todavía quien insulte á los pobres vagos?

José. (*Entrando.*) Ha llamado el señor?

D.ª Efi. No, yo. (*Llevándosele aparte.*) Va usted á ir en seguida á la calle de Carretas, en casa de Irma, á pedirle....

José. (Señora, lo siento mucho, pero el señorito me ha mandado que vaya á la calle de Fuencarral; con todo, si usted quiere....)

D.ª Efi. No, no, ante todo ejecute usted las órdenes de mi yerno. Ven, hija mia, ven.

Laura. Adios, Eduardo, hasta luego.

ESCENA III

EDUARDO y JOSE.

Ed. José, vete en seguida á casa de mi sastre, y pídele....

José. Señorito, lo siento mucho, pero la mamá de la señorita acaba de mandarme que vaya á la calle de Felipe V. Con todo, si usted quiere....

ED. No, hombre no, lo primero es obedecer á la señora. (Iré yo: con eso mataré el tiempo. Ciertamente no sé por qué me he casado. Aunque sí: creo que ha sido por tener una mujer, que no tengo.)

JOSÉ. Me parece que está usted triste, señorito. Si yo me atreviera. .. como me tomo tanto interés por la casa..... ¿Por qué no sale usted á paseo, para distraerse?

ED. ¡Vaya una distraccion!

JOSÉ. Ya veo que no acierto á alegrar al señorito, y como no quiero verle triste, no tengo más remedio que presentar mi dimision.

ED. ¿Cómo, tambien tú?

JOSÉ. Señorito, en esta casa no se puede vivir; y como usted es bueno, se lo voy á decir todo. Son cuatro amos á mandar, y yo solo á obedecer; por eso no estoy contento, y como sé que usted tampoco lo está....

ED. ¿De cuándo acá lo sabes?

JOSÉ. Cuando uno tiene pesquis, y además cierta esperiencia, se adivinan ciertas cosas. Luego, alguna que otra palabrilla suelta que se les escapa á usted ó á la señora.

ED. Segun eso, tú escuchas lo que hablamos?

JOSÉ. Alguna vez oigo, sin querer por supuesto.

ED. Y como es natural, repites lo que oyes, en la portería, en la tienda de comestibles....

JOSÉ. No señor, no; soy más diplomático que todo eso; en todas partes digo que reina una paz octaviana en esta casa.

ED. (Con ira.) No dices más que la verdad.

JOSÉ. Ya lo sé; y no puedo ménos de admirar y elogiar como se merece la paciencia que tiene usted, señorito. Yo he servido en muchas casas, y en todas las suegras andaban á la greña con sus yernos. Pero, ya se vé, la mamá de la señorita es tan buena....

ED. Ya se vé que es buena, buenísima, demasiado buena.

JOSÉ. ¡Cuántos querrian tenerla al lado!

ED. Bien, sí; pero calla y véte ahora mismo, con dos mil de á caballo.

JOSÉ. Me voy, señorito, me voy: precisamente queria decir á usted que me buscase un sucesor.

ED. Se buscará. (Dichoso criado! Por lo visto, la libertad se halla en la servidumbre. Este esclavo puede marcharse cuando le da la gana, y yo, el hombre libre, no tengo más remedio que sufrir el pegajoso cariño de mi suegra.) José!

JOSÉ. Señorito....

ED. Díme, ese D. Cándido, el de la cofradía, ¿viene muy á menudo?

JOSÉ. Dos veces al dia nada más.

ED. Y dime, tú que lo ves todo, que lo oyes todo, ¿has descubierto algo?

JOSÉ. Tengo yo un ojo....

ED. Lo que necesito es que tengas lengua. ¿Qué sabes, con qué fin viene aquí D. Cándido?

JOSÉ. O mucho me engaño, ó sus intenciones no son tan cándidas como su nombre.

ED. Pues.... mi suegra, que todavía se conserva bien, le habrá flechado.

JOSÉ. No me extrañaria. Hay gustos que merecen.... pero me parece que vá por otro camino.

ED. ¿Cómo se entiende? ¿Te atreverás á sospechar?....

JOSÉ. Cá, no señor; yo no sospecho.....

ED. (No me habia equivocado.)

JOSÉ. Señorito, ¿tiene usted alguna cosa más que preguntarme?

ED. No, véte, que viene el señor.

JOSÉ. (Aparte.) (Muy nervioso está hoy el señorito. ¿Si habrá tormenta?)

ESCENA IV

EDUARDO Y DON COSME

D. COS. (Entregando un papel á Eduardo.) Toma, Eduardo, toma, y atrévete ahora á decir que no soy para tí

un banquero en cuya casa tienes letra abierta.

ED. ¡La cuenta de mi sastre pagada! No, no puedo permitir.....

D. COS. Pero hombre, ¿estás en tu juicio? Ya quisieran todos los que deben á los sastres, estar como tú.

ED. Es verdad, y le doy á usted usted gracias. Pero hay una cosa que me agradaria más, mucho más que el pago de mis obligaciones.

D. COS. ¿Cuál, hijo mio, cuál?

ED. El ver á usted salir á paseo con su esposa.

D. COS. ¡Yo pasear con mi mujer! je!.... je!.... je!.... qué cosas tienes! ¿Por ventura, no sabes que es tan insufrible en la calle como en casa? Nada la contiene; es tan sensible que lloraria en presencia de un regimiento.

ED. ¡Ah! Es usted muy injusto, burlándose de ella porque es una sensitiva.

D. COS. No me burlo: pero, ¿acaso tú tambien te quejas de ella?

ED. Es la misma perfeccion; sólo tiene un defecto para mí, el de ser madre de su hija. Su carácter es afable, su bondad inmensa, nos colma de beneficios, y, lo repito, el único defecto que la encuentro es ser mi suegra; pero por la misma razon de que su hija es mi esposa, nos hallamos colocados uno respecto de otro en una posicion excepcional, difícil, imposible; somos dos adversarios, dos rivales. Ella procura conservar el corazon de su hija, y yo me esfuerzo en conquistarle. Nada más natural: ¿qüé soy yo á sus ojos? Un extraño, un intruso, que procura robarle las caricias que ha recibido durante tantos años, y á las cuales tiene tantos derechos.

D. COS. No te falta razon, y yo voy más allá que tú. Mi mujer está más cerca de tu esposa de lo que es razonable: pero no tengas cuidado, yo te prometo....

ED. El caso es que Laura, como es buena, la obedece en todo y por todo, y por obedecerla no se cuida

de amar á su marido, á quien apenas le han dejado tiempo de conocer. Ahora bien, mi querido papá político, ¿no le parece á usted que esta situacion se prolonga demasiado?

D. Cos. ¿Acaso abrigas la idea de abandonarnos?

Ed. Tanto como eso, no; pero en fin.....

D. Cos. ¡Desventurado! reflexiona en el dolor que causarás á mi mujer: sus ojos serian entonces dos cataratas del Niágara. Nada, nada; una transaccion es la mejor. Yo te prometo, aunque vivamos en la misma casa, que separaremos nuestras respectivas habitaciones con un cordon sanitario que te preserve de mi esposa. En lo sucesivo, podrás vivir á tus anchas, y enseñar á tu esposa á depender de tí más que de su madre. Créeme, hijo mio; quédate, y no te arrepentirás de la palabra que nos diste al casarte de no separarnos nunca de nuestra querida hija.

Ed. En mal hora hice esta promesa.

D. Cos. Cálmate, te repito, y vente conmigo á comer al Casino; verás qué excelente comida nos dan.

Ed. Gracias.

D. Cos. Qué, ¿no aceptas? Lo siento porque nos divertiríamos. Allí se charla, se tira de la oreja á Jorge; pero mira, piénsalo un poco, y quizás cuando vuelva te vendrás conmigo. Además.....

Ed. Una palabra.

D. Cos. Habla, habla.

Ed. Ayer he estado á ver á mi tia, la comisaria, que, como sabe usted, recibe los lunes, miércoles y viernes. Me ha hecho unas preguntillas tan insidiosas acerca de ese D. Cándido que viene á vernos, que me están escociendo.

D. Cos. Pues qué, ¿te figuras que viene con algun fin?

Ed. Aún no lo sé; pero en el caso de que ese hombre viniese aquí, so pretesto de sus cofradías, á hacerme á mí cofrade, ¿no tendria derecho para considerarme libre de la palabra que he dado á ustedes?

D. Cos. En primer lugar, lo que supones es inverosímil. D. Cándido no tiene más que setenta y cinco años, aunque representa más, y á esa edad no agradan ya las muchachas. Pero, calle, ahora que me acuerdo, estoy tranquilizándote, y los argumentos que te favorecen á tí, me perjudican en cambio.

Ed. ¿A usted? De ningun modo: pero yo me prometo averiguar qué fines le traen por aquí.

D. Cos. ¿Me necesitas para algo?

Ed. No señor; yo solo le arreglaré las cuentas.

D. Cos. Es decir, que no tendré necesidad de renunciar al Casino.

Ed. No señor.

D. Cos. ¡Respiro! Y en ese caso....

Ed. Hasta despues.

D. Cos. Hasta luego. (Se marcha Eduardo.)

ESCENA V.

DON COSME y DOÑA EFIGENIA.

D. Cos. ¡Mi mujer! Me alegro; con eso la diré lo que hace al caso. Efigenia!

D.ª Efi. ¿Qué quieres?

D. Cos. He hablado largamente con Eduardo, y has de saber que no está contento, que piensa formalmente en....

D.ª Efi. ¿En separarnos de Laura?

D. Cos. Eso es precisamente lo que proyecta.

D.ª Efi. (Llorando.) ¡Ah, Dios mio, Dios mio!

D. Cos. ¿Ya empezamos? Vaya, adios.

D.ª Efi. (Deteniéndole.) Pero Eduardo no tiene derecho para arrebatarnos nuestra hija; aceptó nuestras condiciones, empeñó su palabra.

D. Cos. Ya se vé que la empeñó, y no faltará á ella: pero si tuviese algun motivo de queja, nosotros le relevamos del compromiso.

D.ª Efi. Pero ¿cómo ha de quejarse de mí? ¿Qué le he hecho yo?

D. Cos. Exacerbarle. Ya te lo he dicho mil veces, estás más cerca de tu hija de lo que conviene. Ya sé que es el cariño quien te obliga á permanecer constantemente á su lado; pero Eduardo no estará contento en casa hasta que logremos convencerle de que él es aquí tan amo como nosotros.

D.ª Efi. Pues qué, ¿no son distintas nuestras habitaciones?

D. Cos. Ya se vé que lo son; pero áun así, siempre estás en esta sala, que es de ellos.

D.ª Efi. Es que en mi gabinete hace mucho frio.

D Cos. Enciende la chimenea. Y además, ¿deseas ó no conservar á tu hija? Sí ó no.

D.ª Efi. ¡Que si lo deseo, Dios mio!

D. Cos. Pues bien, el único medio de conservarla, es.... ya me comprendes.

D.ª Efi. Tienes razon; yo te juro que no habrá sacrificio que no arrostre, me estaré todo el dia en mi cuarto.

D. Cos. Eso es; pero al mismo tiempo continuarás mimándolos y haciéndoles regalos.

D.ª Efi. Sí, sí, tendré diplomacia.

D. Cos. Muy bien.

D.ª Efi. Me anticiparé á sus deseos.

D. Cos. Perfectamente.

D.ª Efi. Todos los dias le proporcionaré alguna sorpresa agradable.

D. Cos ¡Sublime! De ese modo labrarás la felicidad de nuestra hija.

D.ª Efi. (Llorando.) ¡Su felicidad! ¡Oh, Dios mio, Dios mio!

D. Cos. ¿Qué es eso, vuelves á gimotear?

D.ª Efi. Pues qué, ¿no es triste tener que renunciar á labrar la ventura de una hija?

D. Cos. Eso ya no es amor, eso es egoismo.

D.ª Efi. (Llorando siempre.) Lo que quieras, pero mi amor... Ah, se me olvidaba; te he comprado media docena de corbatas: allí las tienes en tu cuarto.

D. Cos. ¿Quieres decirme por qué lloras, á propósito de las corbatas?

D.ª Efi. Es que me ahogo, es que....

D. Cos. Vaya, me voy, porque sino va á caerme encima el diluvio universal. Hasta más ver. (Vase.)

D.ª Efi. Adios. Tienes razon, no permaneceré ni un solo momento en esta sala.... ni un solo momento. (Se sienta al velador.)

ESCENA VI

DOÑA EFIGENIA y EDUARDO.

Ed. ¿Qué es eso, han vuelto ustedes?

D.ª Efi. (Levantándose.) Ya me voy, ya me voy; ya sé que pertenece á usted esta sala; que yo no tengo derecho á estar en ella.

Ed. ¡Cuán buena es usted!

D.ª Efi. ¿Qué le parece á usted este dibujo de tapicería?

Ed. Excelente.

D.ª Efi. Son unas zapatillas que le estoy bordando á usted.

Ed. Cuando digo que es usted lo más amable, lo más....

D.ª Efi. ¿Qué tiene de extraño? ¿No es usted el marido de mi hija, que idolatro? ¿no es usted....? Pero no quiero importunarle por más tiempo. Adios. (Se va y vuelve.) Eduardo, ¿no es verdad que no se llevará usted mi hija?

Ed. ¡Cuánto la quiere usted!

D.ª Efi. ¡No he de quererla si es toda mi felicidad! Seria tan desgraciada sin ella! Mi marido no es malo, pero es un témpano de hielo. Hace poco me ha visto llorar, me ha compadecido, y sin embargo me ha abandonado para marcharse al Casino. ¡Ah! ¿No es verdad que usted me dejará morir en los brazos de mi hija?

Ed. Sí, señora, todo lo que usted quiera.

D.ª Efi. Gracias, hijo mio, gracias.

LAURA. (Entrando por la izquierda.) Mamá, mamá, ¿me está bien este vestido?

D.ª EFI. Aquí tienes á tu esposo que te dirá su opinion: yo me retiro, no quiero ser molesta. Adios, hijos mios, adios.

ESCENA VII

LAURA y EDUARDO

LAURA. ¿Qué es lo que tiene mamá?

ED. Hum!

LAURA. ¿Qué te parece mi vestido?

ED. Encantador.

LAURA. Es un regalo de mamá.

ED. (¿Esto más? Rompa usted con unas personas que les están regalando á todas horas..)

LAURA. ¿Qué tienes, Eduardo? desde hace algunos dias no te reconozco.

ED. Es que desde hace algunos dias estoy nervioso; y me parece que si se les permite á las mujeres tener nérvios, los hombres nos hallamos en el mismo caso.

LAURA. Eso lo que me prueba es que estás disgustado. Dime, ¿no estás contento aquí? ¿Qué te falta?

ED. Me falta, me falta.... Es inútil que te lo diga, no me comprenderias.

LAURA. Sin embargo....

ED. Hablemos de otra cosa. ¿Has empezado á leer la novela que te traje ayer?

LAURA. No, querido mio; mamá la vió sobre la mesa, y me prohibió que la leyera.

ED. Pero, hombre.... ¿quién le manda á ella meterse?.... pues qué, ¿no puedo yo darte los libros que me acomode? Quiero que leas esa novela.

LAURA. Pues bien, la leeré, pero no se lo digas á mamá, por que me reñiria.

ED. Laura, eres una niña.

LAURA. Soy tu esposa, pero....

ED. Tú confia en mí, haz lo que te aconseje, y no tiembles de tu madre.

LAURA. Haré lo que tú quieras, por que al fin soy tu esposa.

ED. Mi esposa! ¡Ah! Mira ven á sentarte aquí conmigo; estamos solos, lo que nos sucede muy raras veces; no debemos perder tan preciosos instantes. Tengo tantas cosas que decirte....

LAURA. Te escucho con toda mi alma.

ED. Pues, has de saber...

ESCENA VIII

DICHOS Y DOÑA EFIGENIA

D.ª EFI. No se molesten ustedes, no se molesten.... dos palabras, y me voy. Laura, ¿te acuerdas cuánto tienen de largo las cortinas de tu cuarto?

LAURA. Dos metros y medio.

D.ª EFI. ¿Con el dobladillo?

LAURA. No, sin el dobladillo.

D.ª EFI. Gracias. ¿No has visto mis tijeras?

LAURA. No.

D.ª EFI. No sé donde diablos las he puesto. ¡Qué distraida soy! Ah, las tengo en el bolsillo. Vaya, hasta luego. (Vase.)

ESCENA IX

EDUARDO Y LAURA

ED. Dime, hija mia, ¿crees que es agradable verse interrumpidos así en lo mejor de....

LAURA. Ya has visto que ha venido con la mejor intencion: va á hacer el dobladillo á las cortinas.

ED. Y á nosotros, ¿qué nos importan las cortinas?

LAURA. Pero, Eduardo....

ED. Nada, lo repito; esto es insoportable.

LAURA. Cálmate, hombre, cálmate.

ED. ¿Te has olvidado del disgusto que nos dió al dia siguiente de nuestra boda, porque fuiste á darla los dias una hora más tarde que de costumbre?

LAURA. ¡Cuánto lloré aquel dia!

ED. Pues bien; desde el siguiente, para no tener que esperarte, tomó la costumbre de venir en persona á darnos los buenos dias. Y desde entonces, por el dia, por la noche, á todas horas, con cualquier pretesto, entra en nuestra habitacion, sin preguntar siquiera si se puede pasar. No hay quien resista tanta tiranía. En mal hora consentí en esta asociacion: y lo peor es que esto promete durar toda la vida. No, no, es imposible.

LAURA. ¿Acaso quieres separarme de mi madre?

ED. No; porque he dado mi palabra: y, por otra parte, ¿cómo romper con unos padres tan buenos, tan amables y tan generosos? Nos llamarian ingratos.

LAURA. Cálmate, Eduardo mio. ¿No tenias muchas cosas que decirme?

ED. Sí, Laura mia, sí. (Se sientan en un sofá.) Necesito enseñarte á vivir. El mundo que nos espera, es un teatro, en donde á cada instante se hallan sorpresas, alegrías, peligros, y quiero preservarte de todos estos enemigos, con mi amor; porque te amo, sí, te amo mucho.

ESCENA X

DIDHOS y DOÑA EFIGENIA.

D.ª EFI. Un instante no más; no lo puedo remediar: hace ya mucho tiempo que no he dado un beso á mi hija, y parece que me falta algo.

LAURA. Querida mamá!....

D.ª EFI. Dime, ¿quieres las mangas del traje negro con bullones?

LAURA. No, mamá.

D.ª EFI. ¿Entonces, lisas?

LAURA. Sí, sí.
D.ª EFI. Corriente; ya verás cómo te gustan. Continúen ustedes, continúen. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA XI

LAURA y EDUARDO.

ED. (Furioso.) Ponte la mantilla, y vámonos.
LAURA. ¿Para qué?
ED. Para nada. Ponte la mantilla, y vamos.
LAURA. ¿A dónde?
ED. No lo sé. Necesito cambiar de aire, pasar algunas horas lejos de aquí; iremos á comer á Fornos, y de allí al teatro.
LAURA. ¡Oh! ¡qué felicidad! Pero, ¿qué dirá mamá?
ED. Diga lo que quiera. Anda, ponte la mantilla.
LAURA. Si te empeñas.... Pero al ménos anúnciala....
ED. No tengas cuidado, yo me encargo de eso. (Vase Laura.)

ESCENA] XII

EDUARDO y DOÑA EFIGENIA.

D.ª EFI. Laura... Laura.... Dime las señas de.... ¡Calle!... ¿Dónde se ha ido?
ED. A su cuarto, se dispone á salir.
D.ª EFI. ¿A salir? ¡Pero si no tenemos que ir á ninguna parte!
ED. Por esa razon vá á salir conmigo.
D.ª EFI. ¡Cómo! ¿Los dos solos?
ED. Somos ya grandecitos, no necesitamos ayo.
D.ª EFI. Pero, ¿á dónde van ustedes?
ED. En primer lugar, á Fornos.
D.ª EFI. ¿A Fornos?
ED. Y desde allí al Español.
D.ª EFI. ¡Al Español!

ESCENA XIII

DICHOS y LAURA.

LAURA. (Entrando.) Sí, mamá, no te incomodes.

D.ª EFI. Yo nada tengo que ver en vuestras resoluciones; pero me parece que una mujer que se estime en algo, no vá á comer en Fornos, ni se permite andar de jaleo por la noche.

ED. Poco á poco, señora; Laura es mi esposa, y yo soy el único que tiene derecho para juzgar lo que la conviene ó no.

D.ª EFI. Bien está, por eso me callo; y áun cuando sea cruel para una madre ....

LAURA. Todo puede arreglarse: que venga mamá con nosotros.

D.ª EFI. ¿Yo? no en mis dias; y no comprendo cómo has podido imaginar..... ¡yo á Fornos!.... vete, vete con tu esposo; quiere decir que comeré sola.... y eso que habia mandado á casa de Lhardy por un *plum-pudding* para vosotros.

LAURA. (Llorando.) ¡Mamá!

ED. Vamos, vamos.

LAURA. ¿Por qué no aplazamos la diversion para otro dia que papá coma en casa?

ED. Porque quiero comer hoy fuera.

ESCENA XIV

DICHOS y D. COSME.

D. COS. ¿Qué es eso, has cambiado de parecer? ¿Vienes á comer al Casino?

LAURA. ¡Excelente idea! Mira, Eduardo, vete con papá, y yo acompañaré á mamá!

D.ª EFI. Tiene razon Laura.

LAURA. Anda, maridito mio.

D. Cos. Ven, hombre, ven. ¿No ves que tu mujer te lo ruega?

LAURA. Hazlo por mí.

ED. Puesto que te empeñas ....

D.ª EFI. (Dándole el sombrero.) Vamos.

ED. (Aparte.) (¡Yo te arrancaré de aquí aunque no quieras.)

LAURA. Que te diviertas mucho.

(Eduardo y D. Cosme salen por el fondo. Doña Efigenia se sienta á la izquierda del velador. Laura enfrente de su madre.)

ESCENA XV

DOÑA EFIGENIA, LAURA, JOSE y despues DON CANDIDO.

D.ª EFI. Ahora que estamos libres de nuestros maridos, ocupémonos, hija mia, de la beneficencia. Dentro de ocho dias se celebrará la junta general, y tenemos que preparar el balance.

LAURA. ¿Arregló ya D. Cándido las cuentas de la última lotería?

D.ª EFI. Me ha prometido traerlas hoy, y no debe tardar. Empecemos nuestra tarea.

JOSÉ. (Anunciando.) El señor D. Cándido.

D.ª EFI. ¡Oh, mi querido señor D. Cándido! Mi hija y yo esperábamos á usted con la mayor impaciencia.

D. CÁN. Señoras mias. (Saca un papel y lo presenta á doña Efigenia.) Hé aquí la lista de los billetes que he logrado colocar.

JOSÉ. (Entregando un papel á Laura.) Han traido esta cuenta para el señorito.

LAURA. ¿De parte de quién?

JOSÉ. De parte del Sr. Guerrero, el tapicero de la calle del Caballero de Gracia. (Vase.—Laura coloca el papel sobre la mesa.)

D. CÁN. ¿Saben ustedes ya á punto fijo las cantidades que se han repartido á los pobres durante el año?

LAURA. No. la baronesa del Fresno se ha encargado ya de esa tarea.

D.ª EFI. Yo he querido enviar esta mañana á José á casa de la baronesa, pero no ha tenido tiempo.

D. CÁN. Sin embargo, seria preciso tener hoy esa nota.

D.ª EFI. Pues nada, como está cerca la casa de mi amiga, voy yo misma á recordárselo.

D. CÁN. ¡Por Dios, señora, estando yo aquí!

D.ª EFI. Nada, nada, yo iré: de paso le haré una consulta.... Usted puede ocuparse mientras tanto....

D. CÁN. ¡Oh! ya se vé que me ocuparé: no crea usted que me gusta estar ocioso... la ociosidad es madre de todos los.... ¿Quiere usted decirme, señora, si podré colocarme en esta mesa para arreglar los papeles?

D.ª EFI. Mejor será que vaya usted al despacho de Eduardo.

D. CÁN. Obedezco con el mayor placer. (Se retira.)

ESCENA XVI

DOÑA EFIGENIA y LAURA

D.ª EFI. En cuanto á tí, mi querida Laura....

LAURA. (Llorando.) ¡Ay, mamá, qué desgraciada soy!

D.ª EFI. ¿Qué te pasa, hija mia?

LAURA. Mi marido me engaña; por eso sale tan temprano todos los dias.

D.ª EFI. ¿Qué es lo que estás diciendo?

LAURA. Mira, mira esta factura que me acaba de entregar José.

D.ª EFI. (Leyendo.) «Debe el Sr. D. Eduardo Roca al señor Guerrero, un mueblaje de sala, dorado, otro de damasco azul.»

LAURA. Colgaduras.

D.ª EFI. «Y una cama de matrimonio.—Total, ochenta mil reales.»

LAURA. ¡Oh, eso es para una mujer, mamá!

D.ª EFI. ¡Cuánto daria por dudar!

LAURA. No dudes, no; pero yo te aseguro que me vengaré.

D.ª EFI. Cálmate, hija mia; mira que si te acaloras vas á ponerte enferma.

LAURA. ¡Traidor, ingrato! ¿Sabes lo que ha tenido la audacia de decirme hoy mismo?

D.ª EFI. ¿Qué, hija mia?

LAURA. Que quiere separarme de tí.

D.ª EFI. ¿Eso te ha dicho?

LAURA. Sí, mamá; lleva su crueldad hasta el punto de querer privarme de tu afecto.

D.ª EFI. ¡Pobre hija mia!

LAURA. Que venga, que venga á arrebatarme de tus brazos!

D.ª EFI. Yo no lo consentiré nunca.

LAURA. Ni yo: ¿quién entonces me consolaria? No, mamá no; yo no te abandonaré jamás.

D.ª EFI. ¡Qué buena eres!

LAURA. Aconséjame, ¿qué debo hacer?

D.ª EFI. Cuando le veas, le dirás....

LAURA. No, no le hableré; le volveré la espalda, y correré á pedirte auxilio.

D.ª EFI. Eso es. ¡Oh! qué bien he hecho en no marcharme á Alcalá. Vamos, hija mia, otro abrazo. ¡Ah, los hombres!.... (Vase.)

ESCENA XVII

LAURA Y DON CANDIDO.

D. CÁN. Señora, soy yo; no se asuste usted.

LAURA. ¿Usted, caballero? ¿qué se le ofrece?

D. CÁN. ¿Estamos solos?

LAURA. Si señor; pero....

D. CÁN. He hecho todo lo que he podido para conseguir este momento. Tengo tantas cosas que decir á usted....

LAURA. ¿Corre prisa?

D. CÁN. ¿Y usted me lo pregunta?

LAURA. ¿No podríamos dejarlo para mañana?
D. CÁN. Hace ya mucho tiempo que espero.
LAURA. Un dia más, no importa.
D. CÁN. Sin embargo, señora....
LAURA. A propósito, D. Cándido, usted es mi amigo, ¿no es verdad?
D. CÁN. ¡Señora!
LAURA. Pues bien....
D. CAN. Hable usted, señora.
LAURA. Corra usted á casa de Guerrero, el mueblista de la calle del Caballero de Gracia.
D. CÁN. Sí, le conozco.
LAURA. Dígale usted, que ha oido hablar de los muebles y adornos para la nueva casa de D. Eduardo Roca, y que desea usted verlos para mandarle hacer otros iguales, si le gustan.
D. CÁN. Señora, yo no pienso hacer semejante cosa.
LAURA. Ya lo sé: pero gracias á este medio podré saber las señas de esa casa....
D. CÁN. No comprendo....
LAURA. ¿No comprende usted que mi marido me engaña?
D. CAN. ¡En el nombre del Padre y del Hijo, y del.... ¿es posible?
LAURA. Sí, señor D. Cándido; y quiero saber las señas de mi rival, para sorprender á mi marido á sus piés, y confundirlos á los dos. ¿Me proporcionará usted esas señas?
D. CAN. Lo juro. Pobre abandonada! Su causa de usted es tan justa, que todo lo encuentro lícito para castigar al culpable! Y aún haré más por usted, si usted no lo lleva á mal: la ayudaré á vengarse de su marido.
LAURA. ¿Cómo, Sr. D. Cándido, cómo?
D. CÁN. ¡Cómo! (Si me atreviera! Pues señor, me atrevo.) Señora, yo la.... (Cae de redillas á sus piés.)

ESCENA XVIII

DICHOS y EDUARDO

ED. (Dando un golpecito en el hombro á D. Cándido.) Continúe usted, caballero, continúe usted.

LAURA. ¡Mi marido!

D. CÁN. Caballero!

ED. Qué, ¿no quiere usted continuar? ¿por ventura he sido indiscreto llegando tan á tiempo?

D. CÁN. Caballero, no piense usted.....

ED. ¿Qué quiere usted que piense? Al contrario, le estoy á usted agradecido, porque me proporciona una entrevista con mi mujer. (Le coge la mano y la aprieta.) ¿No sabe usted que yo le quiero mucho? Tiene usted en mí un amigo. (Coge su mano y la aprieta.)

D. CÁN. ¡Ay, ay, ay!

ED. Pero por lo visto, usted tiene mucho que hacer, y como ya nos veremos más tarde, no quiero detenerle ahora. Váyase usted pronto.

D. CÁN. Pero, caballero....

ED. Váyase usted.... y crea que no olvidaré el favor que me ha hecho. (Aparte á D. Cándido.) (Si no se va usted pronto le voy á echar á palos.)

D. CÁN. En ese caso, aprovecharé la amabilidad de usted para arreglar unos asuntillos, y.... á los piés de usted, señora. (Aparte.) (Piés para qué os quiero!)

ESCENA XIX

LAURA y EDUARDO.—Despues D. COSME, DOÑA EFIGENIA y JOSE.

ED. Gracias á Dios que empiezo á disfrutar de libertad! (Cambiando de tono.) Me parece, señora, que despues de lo que acaba de pasar....

LAURA. Déjeme usted en paz, caballero; todo ha concluido entre nosotros dos.

ED. (La factura ha producido su efecto.) No descenderé, señora, hasta el punto de pedir á usted esplicaciones.

LAURA. No faltaba otra cosa, despues que me está usted engañando.

ED. ¿Qué quiere usted decir?

D. COS. (Llamando aparte á Eduardo.) (Eduardo, mis temores son ciertos; el que corre peligro soy yo. He sorprendido á D. Cándido hablando con mi esposa en la antesala, y estaba muy encarnado. ¿No te parece ahora....?

ED. Lo que á mí me parece, es que le he sorprendido á los piés de mi mujer.

D. COS. Eso es más grave.

ED. Y estaba pálido, que es un color mas claro aún.

D.ª EFI. (Que ha entrado y habla con Laura.) ¿Es cierto?

LAURA. Sí, mamá.

ED. Pero no perdamos tiempo; ¿quiere usted seguir á su marido?

LAURA. (Acercándose á su madre.) Mamá, mamá!

ED. ¿Es decir, que huye usted de mí? Perfectamente. Ya que vela usted tambien por su hija, consérvela usted; yo me marcho. ¡José!

JOSÉ. ¡Señorito!

ED. Si traen algunas facturas para cobrar, enviámelas á la calle del Cármen, número 24, cuarto principal. Señora.... caballero....

LAURA. ¡Ay, mamá, que se vá!

D.ª EFI. ¡Pobre hija mia! ven á mis brazos! (Llora.)

D. COS. Lágrimas, siempre lágrimas; no se puede vivir en esta casa! Me vuelvo al Casino.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante. A la izquierda un espejo, un sofá y butacas en el foro; una chimenea con cordones de campanillas á los lados; una puerta á la derecha, dos en el foro. Es de noche, y están los candelabros encendidos.

ISABEL y JOSE.

JOSE. Ahí tienes el motivo por qué me he resuelto á servir á D. Eduardo.

ISAB. Lo que yo creo es que te habrán despedido.

JOSÉ. Estás en un error. He presentado mi dimision. ¿Y tú, de dónde sales?

ISAB. He perdido una breva. Figúrate que mi ama era viuda y rica.

JOSÉ. ¿Tenias compañeros?

ISAB. Cuatro nada ménos.

JOSÉ. Respiro; si hubiera sido uno....

ISAB. Eso quiere decir que ahora corro peligro?

JOSÉ. Al contrario, nuestro nuevo amo es jóven, rico, y podemos formar entre los dos una alianza ofensiva y defensiva.

ISAB. ¿Nada más?

JOSÉ. Por ahora, al ménos....

ISAB. Es conveniente que cuando dos criados se reunen en una casa, tomen sus precauciones. Los amos son tan enemigos nuestros como nosotros suyos.

JOSÉ. Pues yo te aseguro, mi querida Isabel, que si po-

demos entendernos, lo pasaremos aquí admirablemente. Para eso es necesario que renunciemos desde luego á todo sentimiento amoroso. El amor ofusca, y....

ISAB. Tranquilízate; estoy curada de espanto.

JOSÉ. Yo tengo mis ideas.

ISAB. Y yo las mias.

JOSÉ. Cuando me retire del servicio con algunos ahorros, iré á una aldea, buscaré la señorita más rica del pueblo y me casaré con ella.

ISAB. Parece que nos hemos comunicado nuestro plan: donde tú pones señorita, yo pongo señorito.

JOSÉ. Perfectamente. Veo que hemos nacido para comprendernos, y eso que.... francamente, de algunos meses á esta parte te has puesto tan guapa...

ISAB. Pues lo que es tú, has perdido el pelo de la dehesa. (Suena una campanilla.)

JOSÉ. (Oportuno campanillazo, si no es por él empezamos á resbalar.) Anda á abrir, Isabel.

ISAB. No; eso te corresponde á tí.

JOSÉ. ¡No faltaba otra cosa! Lo que es yo no abro. (Se sienta en una butaca.)

ISAB. Ni yo tampoco. (Sentándose en otra butaca.)

ESCENA II

DICHOS y EDUARDO.

ED. ¿Qué significa esto? (A José.) Corre á abrir.

JOSÉ. Señorito, es que....

ED. Si no vas al instante, te hago andar de coronilla.

JOSÉ. (Al marcharse y refunfuñando.) (Me parece que no voy á poder aguantarle mucho tiempo.) (Vase por el foro.)

ED. (A Isabel.) ¿Lo has arreglado todo ya?

ISAB. Sí señor.

ED. Perfectamente. Déjame ahora. (Vase Isabel.) Ya sabia yo que vendria, y en el campanillazo la he reconocido. Es ella, mi querida esposa. (Aparece D. Cosme á la puerta del foro.) ¡Horror, mi suegro!

ESCENA III.

EDUARDO y D. COSME

D. Cos. Si señor, yo soy; su conciencia de usted. Me parece, caballero, que tendrá usted á bien explicarme su inusitada conducta.

Ed. ¿Viene usted á verme de parte de Laura?

D. Cos. No señor; vengo á ver á usted de mi parte. ¿No se ruboriza usted? ¿No se avergüenza?

Ed. Ya lo vé usted, estoy tranquilo.

D. Cos. ¡Turbar de esa manera mi tranquilidad, mis costumbres, mis.....

Ed. ¡Ja, ja, ja, ja!

D. Cos. Por lo visto ignora usted lo que ocurre en mi casa, desde su desaparicion! No hay en ella ni un solo cuarto que no le haya regado con sus lágrimas mi sensible mujer. Mi hija dá unos portazos que hacen estremecer la casa; y lo que es aún peor, anoche eran las ocho, y aún no estaba la comida dispuesta. ¿Cree usted que esta situacion puede prolongarse mucho?

Ed. No, mi querido papá político, no.

D. Cos. Bien sabe Dios que no deseaba tener hijos; pero por lo mismo me ha regalado dos. ¡Imposible es formarse idea de la perturbacion que han introducido en mis costumbres! Las exigencias de las nodrizas, los lloriqueos de los angelitos, las contínuas canciones y querellas, y los juguetes, el sarampion y las rabietas!.... ¡Parece mentira que pueda un padre soportar todas estas contrariedades! Pero en fin, á fuerza de años, al llegar mis dos vástagos á la juventud, creia verme libre de todas estas calamidades, enviando á mi hijo al ejército y á mi hija á la iglesia. Pues no señor! Mi hijo contrae deudas, y mi yerno se porta como usted sabe; se escapa de su casa, alquila y amuebla habitaciones para otra mujer, que no es

la suya, y me deja con mi esposa y mi hija. Esto es demasiado, caballero, esto es demasiado!

ED. Vea usted qué casualidad; estoy de acuerdo con usted.

D. COS. Sí señor; pero es preciso que esto concluya.

ED. Cuanto antes.

D. COS. Veamos el medio.

ED. Yo tengo uno eficaz. Desde el instante en que.... (Suena un campanillazo.) ¡Oh! ¡Ahora es ella!

D. COS. ¿Ella, caballero? ¿y tiene usted valor de decirlo en mis barbas?.... Me voy; no quiero verme frente á frente de esa mujer; eso seria un insulto un.... (Se dispone á marcharse.)

ED. Pero papá, si ella no es quien usted presume; la persona á quien aguardo es....

ESCENA IV

EDUARDO, DON COSME y FEDERICO.

(Federico, vestido de oficial de caballería se presenta en la puerta.)

FED. ¡Eduardo!

ED. ¡Federico! (Esto solo me faltaba.)

D. COS. ¡Mi hijo!

FED. (Asustado al pronto, se repone y corre á abrazarle.) ¡Mi querido papá!

D. COS. Señorito, ¿me quiere usted esplicar por qué razon ha abandonado usted el regimiento?

FED. Toda la culpa es del coronel, mi querido papá. Le he pedido permiso para venir á Madrid, y me lo ha concedido. Ya ves, si me lo hubiera negado, no estaria aquí; pero me la ha concedido, proporcionándome la dicha de abrazarte. (Le abraza de nuevo.)

D. COS. (Evadiéndose.) Bien, hombre, bien; pero al ménos debias haber escrito.... venir así de sopeton, alterar mis costumbres.

FED. ¡Cá, no lo crea usted! Todo buen militar debe caer en la casa como una bomba.

ED. (Yo soy la primer víctima del bombárdeo.)

D. COS. Pero, ¿por qué no has ido á casa derecho?

FED. Allí iba, cuando he hallado á José con unos paquetes debajo del brazo; me ha dado las señas de la casa de Eduardo, y he venido porque necesito hablarle de un asunto muy importante. ¡Ay, mi querido papá, si supieras....

D. COS. Mira, haz el favor de no llamarme papá; con esos bigotes es impropio....

FED. Pues bien, papá: te llamaré mi padre, mi querido padre. ¿Y mi mamá? ¿y mi hermana?

D. COS. No me hables de ellas.

FED. Mira, podias hacerlas un favor. Como son tan sensibles, si me ven entrar de pronto van á creer que me ha ocurrido alguna desgracia; pero si tú las previenes, si las anuncias mi llegada, dentro de media hora iré á darles un abrazo.

D. COS. Tienes razon, me voy. En cuanto á usted.... (A Eduardo.)

ED. (A D. Cosme.) Vuelva por aquí, y continuaré dándole las esplicaciones que tiene derecho á exigir de mí....

D. COS. Y tanto como volveré, y.... ¡Ay de usted si no me explica satisfactoriamente....

FED. No retardes la alegría de mamá. Dile que me prepare el cuarto. Como he venido á caballo, estoy rendido y....

D. COS. ¡Otra incomodidad! ¡Ah, los hijos! Francamente no sé para qué sirven. (Mirando con orgullo á Federico) Sin embargo, es muy guapo. ¡Decir que todo este coracero es obra mia! (Vase por el fondo.)

ESCENA V

EDUARDO y FEDERICO.

ED. Vamos á ver, ¿qué tienes que decirme? Pronto, que tengo prisa.

FED. Entonces, al grano. Ya conoces á la Juanita?

ED. ¿A la Juanita? ¿Es una polka de Zabalza?
FED. Juanita Canelo; esa pobre muchacha á quien has dado dos ó tres veces dinero de mi parte, desde que estoy en Alcalá.
ED. Sí; ya me acuerdo.... ¿qué?
FED. Nada, hombre; la pobrecilla se ha muerto.
ED. Lo siento mucho; pero.... francamente, á mí no me importa gran cosa.
FED. ¡Hombre, por humanidad siquiera!
ED. Te he dicho que estoy muy de prisa.
FED. Pues entonces, escucha la postdata de la carta que me ha escrito su amiga íntima, al participarme la triste noticia. (Leyendo.) «¿Qué se propone usted hacer de Augusto?»
ED. Augusto! ¿Qué nuevo personaje es ese?
FED. Chico.... francamente, es un sobrino tuyo.
ED. ¿Un sobrino?
FED. Carnal. Por supuesto que él mismo lo demuestra. Es un chico completo. Tiene dos años, y es el vivo retrato de su padre.
ED. ¿Con bigote y todo?
FED. No, hombre, no; pero ya ves mi situacion.
ED. ¡Pobre Federico!
FED. ¡Qué quieres! Nos conocimos y nos amamos. Ella tenia diez y siete años, yo diez y oho, y cometimos una falta.
ED. ¿Y la moral? ¿Quieres decirme qué has hecho de la moral?
FED. Mira, francamente, lo que necesito ahora es saber qué he de hacer con mi hijo.
ED ¡Está gracioso!
FED. No he venido á verte con otro objeto. Como conoces, no he de llevarme el chico al regimiento, y confesar á mi madre mi culpa; es imposible. Ya conoces la rectitud de sus principios.
ED. Se pondria furiosa.
FED. Y luego se estaria llorando un año entero. En cambio, tú eres mi amigo; estás casado con mi hermana.... puedes hablarla. Es mujer, algun

dia será madre, y ya ves, nadie mejor que ella puede saber lo que hemos de hacer. ¡Qué diablo! entre los dos bien podeis ayudarme á proporcionarle una colocacion.

ED. Tiene dos años, y ya quieres que le busquemos un empleo?

FED. Pues yo no puedo dejarle en la portería de esta casa. La verdad es que está allí.

ED. ¡Desgraciado, qué has hecho!

FED. Hombre, cargar con el mochuelo. ¿Qué habia de hacer?

ED. Pues hijo, allá te las arregles. Yo ni entro ni salgo.

FED. Piensa que serás padre algun dia, y entonces....

ED. Cuando lo sea, ya me las arreglaré.

FED. Qué desengaño! Y yo creia en tu afecto!

ED. Has venido en el momento ménos oportuno. Estoy muy ocupado.

FED. ¿Es decir que me abandonas, que no quieres hacer nada por Augusto?

ED. Hoy no; quizás mañana....

FED. Sí, pero es que el chico no puede pasar esta noche en la portería.

ED. Se me ocurre una idea. (Suena un campanillazo.) Lo que es ahora es ella.

FED. ¿Esperas á alguien?

ED. Sí; y es preciso que te marches. (Entra José.) ¿Es?

JOSÉ. Sí señor.

ED. (A Federico.) Ven por acá; no quiero que te encuentre.

FED. Pero, hombre, ¿y Augusto?

ED. Anda con mil demonios tú, tu Augusto y tu.... (Le empuja por la puerta de la izquierda del fondo, y se va con él.)

ESCENA VI

JOSÉ y LAURA

JOSÉ. Puede usted pasar, señorita.

LAURA. ¿Cómo es eso, tú aquí, José?

JOSÉ. Sí, señorita; yo....

LAURA. ¿Y el señorito?

JOSÉ. Vendrá en seguida. Tome usted asiento.

LAURA. ¿En esta casa? ¡Nunca!

JOSÉ. (Mucho decir es eso.)

LAURA. (Mirando en torno suyo.) ¡Qué lujo! ¡Cuántas flores! ¡Cuántas luces! Esto es escandaloso.

JOSÉ. Creo que el señorito espera á alguien esta noche, y....

LAURA. ¿Alguien que va á venir?

JOSÉ. Creo que ya ha venido.

LAURA. ¡Ah! ¿Está aquí mi rival? Véte José. (Entra Eduardo.) (¡Mi esposo!) (Vase José.)

ESCENA VII.

EDUARDO y LAURA.

ED. ¡Mi querida Laura!

LAURA. ¿Conque es verdad, caballero? ¿Conque ha alquilado usted esta habitacion y la ha amueblado?....

ED. Ya lo ves, querida mia.

LAURA. (Continuando su frase anterior.) ¿Para una mujer?

ED. Para una sola.

LAURA. Pues; ¿para una mujer á quien ama?

ED. No, á quien adoro. Como que si te engaño, es por ella.

LAURA. ¡Oh! esto es indigno. ¿En dónde está? Quiero verla, deseo confundirla! (A Eduardo.) No piense usted que me iré de aquí; no señor.

ED. Lo celebro infinito.

LAURA. En cuanto la halle, la sacaré los ojos! (Eduardo coge á Laura suavemente por los hombros y la hace mirarse al espejo.)

ED. Ahí delante la tienes. ¿Serias capaz de atentar á sus hermosos luceros?

LAURA. ¿Qué quiere usted decir?

ED. ¿No has comprendido aún, esposa mia, que la

única mujer á quien amo, la dueña de esta casa, la reina de mi corazon eres tú?

LAURA. ¿Aún tiene usted valor de engañarme?

ED. ¿Crees tú que si hubiera querido hospedar en esta casa á otra mujer, habria dado las señas á José delante de tí? ¿No has conocido que todo esto es un lazo que te he tendido? Hubiera podido obligarte á seguirme; estaba en mi derecho, pero he preferido que vengas por tí misma; y, como acabas de anunciar, no te irás, porque estás en tú casa.

LAURA. ¿En mi casa?

ED. Sí; ya verás como no te engaño.

LAURA. (¡Parece que estoy soñando!) Eduardo, ¿es verdad todo lo que me dices? (Se fija en el cuadro que hay cerca de la chimenea.) ¡Calla, este es mi retrato!

ED. ¿Dudas aún?

LAURA. No, ya no dudo. ¡Cómo me has engañado!

ED. Por tu bien.

LAURA. ¿Conque este gabinete es para mí?

ED. Sí, bien mio.

LAURA. ¡Qué muebles tan preciosos! ¡Con qué gusto está adornado!

ED. Tú me inspirabas.

LAURA. Pero, ¿qué significan estas flores, estas luces? ¿Esperas á alguien?

ED. Todo esto es para tí. ¿Puede haber alegría más completa para mi alma? ¿No es justo que reciba de este modo á la reina de mi corazon? ¿No conoces que te amo más que á mi vida?

LAURA. ¡Y yo que sospechaba!.... ¡que te acusaba!....

ED. Te lo perdono todo.

LAURA. (De pronto.) ¡Ay, Dios mio! Ya me olvidaba....

ED. ¿De qué?

LAURA. De mi mamá.

ED. No te apures por ella. Mira, Laura, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Nuestra separacion de tu familia, era necesaria. Tu pobre madre sufrirá un poco; mucho, ya lo sé. ¡Ver partir á la

hija adorada, por quien se ha desvelado, que ha crecido á su vista! Todo esto es horrible; constituye uno de los más crueles sacrificios: pero esta es la historia de todas las madres, y las más nobles; las más dignas son las que se resignan desde el primer dia á decir con el poeta á la hija que se va:

Vé, mi querida hija,
donde tu esposo espera.
Llévate la ventura,
déjanos el pesar.
Que con saber que vives
feliz y placentera,
podrá tu madre triste
sus penas consolar.

LAURA. Tienes razon.... Pero.... mi madre no se resignará nunca; todos los dias de su vida me echará en cara mi ingratitud. ¡Es imposible, Eduardo mio! Yo te lo suplico. Volvamos á su lado.

ED. Si quieres, te acompañaré.

LAURA. Pero....

ED. Yo volveré á mi casa, y viviré solo en ella. De todos modos, descansa unos instantes. (Se dirige hácia la chimenea.)

LAURA. ¡Ah! (Eduardo tira de la campanilla.)

ED. Llamaré.

LAURA. ¿Qué haces?

ED. Llamar á tu doncella.

LAURA. ¡Cómo! ¿Tengo doncella?

ED. Pues es claro.

ESCENA VIII

DICHOS é ISABEL

ISAB. ¿Ha llamado la señora?

LAURA. (Es guapa, y parece modesta.) ¿Cómo se llama usted?

ISAB. Isabel.

LAURA. Bonito nombre.

ISAB. ¿Desea la señora que le arregle el peinado?

LAURA. ¿Qué, peina usted?

ISAB. Creo conocer suficientemente mis deberes; y si la señora desea que la vista, ó quiere cambiar de traje, por de pronto me permitirá la señorita que le quite el sombrero y el abrigo. ¡Oh! Yo espero servir de tan buen grado y con tanta fidelidad á la señora, que al fin y al cabo, ó mucho me equivoco, ó lograré su estimacion. Voy á llevar estos objetos á la habitacion de la señorita. (Vase.)

ESCENA IX

LAURA y EDUARDO

LAURA. ¿Sabes que me parece una jóven muy amable? ¡Con qué agrado hace todas las cosas!

ED. ¿Por qué no la has dado órdenes?

LAURA. ¡Si no me ha dejado tiempo de hablar!

ED. Es necesario que la enseñes á escucharté y á obedecerte.

LAURA. No tengas cuidado; ya verás como me hago obedecer.

ED. No lo dudo; pero entre tanto.... la verdad es que se ha llevado tu abrigo.

LAURA. Y tambien mi sombrero.... No puedo marcharme.... Voy....

ED. Es inútil, querida mia; despues lo pedirás: mañana, cuando tú quieras.

LAURA. Pero, Eduardo, ¿crees posible que pueda yo disfrutar de la felicidad que me ofreces, sabiendo que mamá vive afligida, desesperada? (Se pasean del brazo.)

ED. Ciertamente, que lo mejor seria que todos estuviéramos contentos; pero.... ¡vete á contentar á tu mamá! (Se sientan en el sofá.) Sin embargo, no desespero de poder apaciguarla.... tengo ciertas ideas....

LAURA. ¿Cuáles?

ED. No te las digo. Podrias hacerme la oposicion.
LAURA. ¿Por qué?
ED. Porque son absurdas.
LAURA. Si son absurdas, no producirán efecto.
ED. Quién sabe! Estamos en España.
LAURA. ¿Sabes que soy muy feliz? Hace ya tiempo que estamos casados, y sin embargo, á cada instante voy descubriendo nuevas venturas, nuevas felicidades que yo ignoraba.
ED. Eso consiste en que me habias dado tu mano, pero no tu corazon.
LAURA. ¿Puedes dudar de mi cariño?
ED. No; ya lo sé. Pero hasta ahora me has amado como la niña de ocho años ama á su muñeca favorita.
LAURA. Pero ahora!....
ED. Pues hija, te diré la verdad. Siento en mí algo nuevo, y me parece que te amo más que antes, porque la emocion que experimento es..... Pero, calla, que viene....

(Sale José con un velador servido para dos cubiertos.)

LAURA. ¿Qué es esto?
ED. Si no te opones, comeremos hoy en tu gabinete. (Aparte.) (Mira José, véte y no vengas hasta que no te llamemos.)
JOSÉ. (¡Hum! Avaros!) (Vase.)
ED. Ya verás con qué gusto vamos á comer hoy. Desde que nos hemos casado, es hoy la primera vez que voy á comer á gusto.
LAURA. ¡Ostras!
ED. Para abrir el apetito. Déjame que te contemple... soy tan feliz á tu lado!.... ¿No te encanta esta soledad? Lo que es ahora no nos molestarán, yo te lo aseguro. (Suena un campanillazo.) Han llamado.
LAURA. ¡Qué fastidio! (José sale precipitadamente.)
JOSÉ. ¡Doña Efigenia, doña Efigenia! (Vase.)
LAURA. ¡Mi mamá! ¡Dios mio! Si me vé aquí....
ED. No tengas cuidado, yo recibiré la primera des-

carga: véte á tu cuarto, y confía en mi elocuencia.
(Laura vase por la puerta de la derecha y Eduardo vá al encuentro de doña Efigenia.)

ESCENA X

EDUARDO y DOÑA EFIGENIA

D.ª Efi. No se asuste usted, caballero, no se asuste usted; no vengo á arañarle ni á sacarle los ojos, como dicen que hacen las suegras.

Ed. Así lo creo. (Pues no faltaba otra cosa!)

D.ª Efi. No tema usted que le reconvenga, aunque bien lo merece su conducta; pero no, estoy muy tranquila. Y eso que un marido que abandona su esposa por una mujer que no sabemos quién será.... Perdone usted mi indiscrecion. Vengo solamente movida por el amor que profeso á mi hija. Ella posee, como yo, una imaginacion y un alma ardiente; las impresiones más insignificantes pueden ser funestísimas para ellá: como sabe las señas de esta casa, querrá venir para persuadirse de la infidelidad de usted. Vendrá á sorprenderle, y yo, como madre, deseo ahorrarla este dolor. ¡Ah! sólo una madre puede curar las heridas ocasionadas por un marido! Y movida por este deseo vengo á ponerme de acuérdo con usted, para que inventemos una mentirilla.... cualquiera cosa, á fin de engañarla. Esto es todo lo que le pido á usted. No me niegue usted, por piedad, caballero, el placer de engañar á mi hija, para que no sufra.... ¡Ya vé usted á lo que reduzco mis aspiraciones! ¡Ya vé usted á lo que vengo!

Ed. ¿A ser cómplice de mi infamia? Señora, permítame usted que le diga que eso es inmoral.

D.ª Efi. Cierto, engañar á mi hija. Pero su felicidad es primero, y nada hay que por ella no sacrifique.

Ed. ¿Es decir, que ha venido usted á ponerse de acuerdo conmigo?

D.ª Efi. Sí, señor, sí, señor.

Ed. ¡Es usted la más buena de las suegras! Casi, casi, me dan ganas de darle un abrazo.

D.ª Efi. ¡Caballero!

Ed. Ha despertado usted horribles remordimientos en mi alma.

D.ª Efi. ¿Es posible? ¿Se arrepiente usted?

Ed. Sí; pero no de lo que usted cree.

D.ª Efi. Y sin embargo, ¡le seria á usted tan fácil volver al buen camino!.... La oveja descarriada....

Ed. Perdone usted, señora, pero yo no tengo nada de cordero.

D.ª Efi. Vamos á ver, Eduardo, ¿para qué quiere usted esta casa y estos muebles? ¡Ah! ¿por que no vuelve usted á nuestro hogar?.... Siempre encontrará en él la puerta abierta el hijo pródigo.

Ed. (Me están dando unas ganas de decirla la verdad!)

D.ª Efi. ¿No me responde usted? ¡Cómo ha de ser, paciencia! Yo le diré á usted la idea que se me ha ocurrido.

Ed. ¡Una idea!.... ¿Usted tiene idea?

D.ª Efi. Una idea inocente. Dios da á las madres fuerza para todo. Verá usted: yo diré á Laura que ha preparado usted esta habitacion para su hermano Federico. (Eduardo hace un movimiento como si se le ocurriese una idea.) Supongo que no me desmentirá usted. ¡Ah, Dios mio, qué desgraciada soy! ¡Pobre hija mia! Y eso que usted juró hacerla dichosa.

Ed. Cumpliré mi promesa, se lo aseguro á usted. Aún diré más.... ya está cumplida.

D.ª Efi. ¿Y tiene usted valor de hablarme de eso, cuando veo aquí nada ménos que dos cubiertos?

Ed. Y bien...?

D.ª Efi. Esto no puede soportarse. Uno para usted y otro para ella.

Ed. Pues; uno para ella y otro para mí.

D.ª Efi. Adios, caballero; adios para siempre. (Laura se presenta.)

ESCENA XI

DICHOS Y LAURA.

LAURA. Mamá, mamá.
D.ª EFI. ¡Hija mia! ¿Tú aquí? ¡Ah, ya me figuraba que vendrias!
LAURA. Estoy en mi casa.
D.ª EFI. ¿En tu casa? ¿Qué dices?
LAURA. Ibamos á comer, cuando has entrado. ¿No te lo ha dicho Eduardo?
D.ª EFI. ¿No me engañas? ¿Es posible?
LAURA. Lo que oyes.
D.ª EFI. Caballero, se ha gozado usted en mi desesperacion.
ED. (Llegó el momento crítico.)
D.ª EFI. ¡Hable usted, por piedad! ¿Qué es lo que yo le he hecho? ¿Cuál ha sido mi culpa contra usted? ¿Soy, por ventura, una de esas madres, una de esas suegras impertinentes, desagradables, entrometidas, como las pintan en las comedias, y como yo conozcó algunas, á las que afortunadamente no me parezco? Por ventura, ¿he hablado á mi hija en contra de usted? ¿la he alejado de su lado? No: al contrario; yo he sido siempre una madre buena, tierna, afectnosa, y sólo he vivido para usted y para mi hija. He reclamado para mí los disgustos, y he otorgado á usted todos los placeres.... y aún he hecho más, en muchas ocasiones le he defendido á usted, cuando mi hija le acusaba. ¿Hay muchas suegras que obren de esta manera? ¿Por qué, pues, á pesar de sus promesas, quiere usted arrebatarme á mi hija?
ED. (Esta mujer vá á enternecerme.) Efectivamente, señora: usted es un modelo de virtudes y de bondades, pero... yo soy todo lo contrario; tengo un génio díscolo, un carácter insociable, y comprendiendo mis defectos, y no creyendo justo hacer

víctima á usted de mi insociabilidad, he preferido vivir solos.

D.ª Efi. ¡Qué chasco he llevado con usted!

Laura. ¡Pero mamá, no le creas!.... Si te está engañando!

D.ª Efi. Ya sé á qué atenerme, hija mia. Veo que estorbo aquí, y me marcho.

Laura. Pero mamá!....

Ed. Crea usted señora, que tendremos un placer en.... pues, en recibirla siempre que se digne honrar nuestra morada.

Laura. Yo iré á verte todos los dias.

D.ª Efi. Es inútil que te molestes por mí. Mejor será que no nos veamos nunca. Así estará más contento tu marido. Por lo demás, yo sé perfectamente que no tardarás en olvidar el camino de la casa en donde has nacido. Por desgracia, el olvido de los hijos es la recompensa de las madres. Adios. (Se marcha.)

ESCENA XII

EDUARDO y LAURA.—Despues JOSE é ISABEL.

Laura. ¡Cómo! ¿y le dejas marchar? ¿Es eso lo que me has prometido?

Ed. (Esa mujer me vá á hacer perder la cabeza.)

Laura. ¿Pero, no ves que me vá á maldecir? ¡Ay Dios mio, cuánto sufro! (Se deja caer sobre una butaca.)

Ed. (No faltaba otra cosa; ahora la vá á dar un síncope. Digo, ya le ha dado.) Laura, hija mia, vuelve en sí.

Laura. (Con el síncope.) ¡Mamá! ¡mamá!

Ed. ¿Qué hacer, Dios mio? Si hubiera aquí un pomito de éter.... (Coge una botella de las que están en el velador.) Esta es de vinagre. (Toma una botella de agua, dejando caer el líquido en el pañuelo.) ¡Qué torpe soy! (Tira de la campanilla. Aparecen José é Isabel.)

José. ¡Calla, y le ha dado un patatús á la señora! (Quita el velador.)

ED. ¿Qué es lo que se hace en estos casos? Vamos á ver, decídmelo.

JOSÉ. (Sí, ya comprendo.)

ED. Mira, Isabel, corre á casa de doña Efigenia. Haz el favor de decirla que yo la ruego que venga inmediatamente. (Vase Isabel.)

ED. (A José.) ¿Sabes tú algun remedio?

JOSÉ. Sí, señor, el vinagre.

ED. Pues trae vinagre. (Vase José.) ¡Válgame Dios, válgame Dios! Pero, Laura, vuelve en tí.

ESCENA XIII

EDUARDO, LAURA, DOÑA EFIGENIA é ISABEL.

D.ª EFI. ¿Me ha llamado usted? ¡Ay, Dios mio, mi hija!

ED. ¿Qué se hace en estos casos, señora?

D.ª EFI. Un elixir cualquiera. Aquí tengo un pomito; eso no será nada. (A Isabel.) Haga usted un poquito de té, muy ligero, muy ligerito. (Vase Isabel.)

ED. Me parece que ya abre los ojos.

LAURA. Mamá, mamá, no me abandones.

D.ª EFI. ¡Oh, ahora sí que te ofrezco no abandonarte nunca!

ED. (Me parece que hice mal en llamarla antes.) (A Laura.) ¿Te encuentras mejor?

LAURA. Mucho mejor.

D.ª EFI. Eso no será nada, pasará en seguida; pero por si ocurre algo, me quedaré esta noche.

ED. (Rascándose la cabeza.) (Pues señor, está visto; las suegras pertenecen á la familia de las moscas.)

D.ª EFI. (A Laura.) José me pondrá una cama en tu cuarto.

ED. ¿Y yo?

D.ª EFI. Usted, permanecerá en el gabinete, en la sala, en cualquier parte. (Se quita doña Efigenia el abrigo, sombrero, etc.)

ED. (Pues señor, todo ha sido inútil; se instala en mi casa. ¿Quieren ustedes decirme qué es lo que he

ganado con mi huida? ¡Esto es demasiado! ¿Pues qué, un marido que no ha hecho daño á nadie no puede vivir tranquilo en su casa?) (En esto se oye llorar á un niño en una habitacion inmediata.)

D.ª EFI. (Sorprendida.) ¡Se oye llorar á un niño!

LAURA. ¿Un niño aquí?

ED. (Ese debe ser Augusto, Augustito. ¡Ja, ja, ja!)

LAURA. Caballero, ¿me explicará usted?

ESCENA XIV

DICHOS y FEDERICO, entrando.

FED. Eduardo, Eduardo, tú que tienes maña, haz el favor de entrar en este cuarto, á ver si haces callar á la criatura.

LAURA. ¿Es decir, caballero, que me ha querido usted separar de mi madre para hacerme cómplice de sus faltas?

ED. ¿Qué es lo que estás diciendo? ¡Cómo! ¿Tú acusas á tu marido?

LAURA. (A Efigenia.) ¡Ay, mamá, mamá, no sé por qué, pero se me figura que Eduardo debe ser el padre de esa criatura!

D.ª EFI. ¡Ven, hija mia, á mis brazos!

ED. Lo que es eso, no consiento. Ese chico no es mio. (Federico le tira de la levita.)

FED. (¡Hombre, por Dios!)

ED. (¡Déjame en paz!) Ese niño que llora es de su hijo de usted.

D.ª EFI. ¡Cómo! ¿Es eso verdad? (A Federico.) (Dime que sí.)

FED. Pues ya se vé que sí; sí, señora, es mi hijo.

D.ª EFI. (A Laura.) Ya lo ves; te has alarmado sin motivo.

LAURA. Usted quiere engañarme, pero no es posible.

D.ª EFI. (A Eduardo.) (Ayúdeme usted. Es necesario ocultarle la verdad.)

ED. ¡Basta ya de tapujos, señora! Laura, voy á descorrer el velo.

D.ª Efi. (No lo descorra usted, por Dios.).
Ed. Federico ha venido esta noche á decirme que una pobre muchacha á quien ha amado....
Fed. Pues.... Juanita Canelo....
D.ª Efi. (¡Bravo, bien, bien.)
Ed. Ha muerto.
D.ª Efi. Perfectamente.
Laura. ¿Cómo eso, mamá, te alegras de su desgracia?
D.ª Efi. Sigue, hombre, sigue.
Ed. Ha muerto, dejando un hijo.
Laura. ¿De mi hermano? ¡Imposible! Eso seria espantoso.
Fed. ¿Qué dices? Si es hermoso como un lucero.
Ed. Ese niño se llama Augusto.
Fed. Como el emperador romano.
D.ª Efi. (¡Bien, muy bien; estás desempeñando el papel admirablemente!)
Laura. Pero, mamá....
D.ª Efi. Eduardo, siga usted la narracion.
Ed. Apenas ha sabido Federico esta desgracia, ha pedido permiso á su coronel, y ha llegado á Madrid....
D.ª Efi. A implorar mi perdon. ¡Pero yo me he puesto furiosa al saberlo, y he tratado tan mal á mi pobre hijo!
Laura. ¿Qué es lo que estás diciendo?
D.ª Efi. Que al ver que yo no me apiadaba, ha venido á buscar á tu marido para implorar su proteccion. Pero ya estoy arrepentida. ¡Pobre niño, él no tiene la culpa! Así es, que delante de usted quiero decir á mi hijo la resolucion que he tomado. Federico, yo me encargo de la criatura, y perdono al culpable.
Fed. ¡Ah, mamá de mi alma, qué buena eres! Te juro que no lo volveré á hacer más.
D.ª Efi. Pero qué, ¿es verdad que es hijo tuyo el niño?
Fed. Es tu nieto.
D.ª Efi. ¿Ahora salimos con esas?
Fed. Mira, mamá, lee esta carta, y te convencerás. (Le enseña una carta.)

D.ª Efi. (Despues de leerla.) ¡Dios mio! ¡Y yo que estaba engañando á mi hija, para ahorrarle una pe·adumbre!

Ed. Por la misma razon, Dios la premia á usted dándole un nieto. (Vase Federico por la derecha.)

D.ª Efi. Poco á poco; yo no consentiré jamás.... (Vuelve Federico con un niño de dos años en brazos.)

Fed. ¡Mira, mamá, mira qué guapo es!

D.ª Efi. Calla, pues es verdad: pero está un poco pálido.

Ed. Los malos alimentos.

Fed. El chico está hecho un hilo; pero con los cuidados de usted, se pondrá gordo.

D.ª Efi. ¡Ah, sí, sí; será preciso cuidarle mucho! Ya se vé que el pobrecito ha sufrido.

Ed. Tranquilízate, Federico; tu hijo no quedará sin padres; yo le prohijo, yo le adopto.

D.ª Efi. ¡Cómo se entiende! ¿Cargar con una criatura ajena, cuando quizá vá usted á tenerla propia muy en breve? No señor; yo soy quien me encargo del niño.

Ed. (Mi plan va realizándose.) Señora, es imposible. Ese niño ha venido á mi casa, y me pertenece de derecho.

D.ª Efi. No señor; yo soy su abuela, y tengo obligacion de ampararle.... Y sino, que decida mi hijo. ¿No es verdad que me le das á mí?

Fed. Adjudicado á mi mamá.

D.ª Efi. (Se sienta con el niño en los brazos.) Por fortuna, aún tengo la cuna en que dormia tu hermana. Puedes volver tranquilo al regimiento; no le faltará nada al niño. ¡Ah, es tan mono!

Ed. Solo el corazon de una madre puede encerrar ese tesoro de ternura.

D.ª Efi. ¿Sabes qué estoy pensando, Federico? que el niño necesitaria aire puro. Entramos ya en la primavera, y seria conveniente que le llevásemos á Carabanchel.

Fed. Como usted guste.

Laura. ¡Cómo, mamá! ¿Serás capaz de abandonarme?

D.ª Efi. Ya ves; es necesario. El pobrecito niño tiene que restablecerse; pero nos veremos de vez en cuando. La educacion del niño exige mucho tiempo, y....

Fed. (A Eduardo.) (¡Hombre! parece mentira que le haya entrado Augusto por el ojo derecho á mi madre.)

D.ª Efi. (A Laura.) Además, tú ya no necesitas de mí; tienes un marido: me voy, me voy. ¡Ah! díle á tu doncella que se venga conmigo para que se lleve el niño en brazos hasta casa; pero será preciso taparle bien. Corre un vientecillo muy frio. Es de noche, y podria resfriarse.

Fed. Sí, mamá, sí; tienes razon.

D.ª Efi. Que le ponga un manton de tu hermana, para abrigarle bien. (Vase Federico.)

ESCENA XV

DOÑA EFIGENIA, LAURA, EDUARDO, D. COSME.—Despues FEDERICO.

Ed. ¡Adios, mi suegro!

D. Cos. Sí señor; aquí estoy. Vengo á ver si termina las comenzadas explicaciones.

Ed. Con dos palabras quedará usted satisfecho. Mi mujer y yo estamos aquí en nuestra casa.

D. Cos. ¿Qué significa esto?

D.ª Efi. Ya lo oyes. Han tomado esta habitacion para vivir solos. ¿Qué puede haber en esto que te admire?

D. Cos. Al contrario, todo eso me entusiasma, que así viviré más tranquilo. (Sale Federico.)

Fed. Mamá, ya está Isabel esperando con el niño.

D. Cos. ¿Qué niño?

D.ª Efi. Augusto.

D. Cos. ¿Augusto?

D.ª Efi. Es un niño que he tomado á mi cargo. Ya te diré el motivo.

Fed. Sí, papá; mamá te esplicará....

D. Cos. ¿Otro muchacho en mi casa? ¡Ah! ¿Conque es de-

cir que vamos á empezar de nuevo con los lloriqueos, el sarampion, los juguetes y los caprichos?

D.ª Efi. Mañana mismo nos vamos á Carabanchel.

D. Cos. ¿A Carabanchel? No es posible. ¡Abandonar yo mi costumbre de ir al Casino!

D.ª Efi. La salud del niño es lo primero.

D. Cos. Pero hombre, ¿qué niño, ni qué demonio? ¿Quieren ustedes esplicarme?....

Fed. Ya te lo esplicaremos todo despues.

D.ª Efi. Vamos, vamos, que estará en la antesala el pobre niño, y se puede resfriar. Adios, Laura; adios, hija mia: buenas noches, Eduardo. Vamos, Cosme.

D. Cos. Pero.....

D.ª Efi. Mira que si no, lloro.

D. Cos. Voy.... voy....

ESCENA ÚLTIMA

LAURA Y EDUARDO.

Laura. ¡Y se va! ¡Y me deja!

Ed. Te ha reemplazado con lo único que puede reemplazar á una hija una madre. Ya no es suegra; ha ascendido á abuela, y ha dejado de ser insoportable.

Laura. Pero....

Ed. Tranquilízate; y si no lo llevas á mal, continuemos nuestra conversacion, tantas veces interrumpida. Lo que es ahora, no nos impedirán....

Laura. ¡Ah! sí, sí, hablemos.

Ed. Antes, para que el público no nos interrumpa...

(Al público.)

Al fin salí del infierno;
y pues mi suerte me alegra,
ya que acabé con la suegra,
premien ustedes al yerno.

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

En las librerías de los señores *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosadò*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Simon y Osler*, Infantas, 18, y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, 14.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, rue Monsigny, París.

ALEMANIA

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los Editores, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.